

Key West. Las Lucayas. El cabo Hatteras

Apenas nos aproximábamos a las playas de la península de la Florida, extremidad sur de los Estados Unidos, cuando encontramos una multitud de *yachts* que cruzaban en todas direcciones el brazo de mar que le separa de Cuba. Vistas a la luz de un día de verano deslizándose sobre la espuma que embellecía las aguas, esas pequeñas embarcaciones con sus anchas velas blancas parecían una parvada de aves marítimas. Al verlas no puede menos que reconocer el adelanto que la marina debe a los Estados Unidos; para dar una idea de la solidez y ligereza de estas embarcaciones, que rara vez miden más de 50 toneladas, basta recordar que en los últimos meses del año pasado (1858) un capitán con un solo marinero ha hecho dos veces en una de ellas el viaje desde Boston hasta Londres, atravesando la inmensidad del Atlántico a despecho de los huracanes que se desencadenan con tanta frecuencia sobre sus aguas. Nuestro vapor podía ciertamente envidiar la velocidad de esos *yachts*; al paso que sus cubiertas amarillas barnizadas, sus timones de metal, sus proas esculpidas y doradas, la blancura irreprochable de sus velas y el lustre de ébano de sus costados, me traía involuntariamente a la memoria aquella desgraciada porción del “Star of the West” que más se parecía a un pobre hospital flotante o a un granero de hombres que a la cámara de un vapor del siglo XIX.

La demora que sufrimos en Aspinwall, esperando por tres días la llegada de los pasajeros que el “California” trajo de San Francisco, había causado alguna alarma en Key West. Además, los huracanes del equinoccio habían estallado en esos mismos días y la noticia de la pérdida del “Central-América” y de otros buques había venido a aumentar las dudas sobre la suerte que habíamos corrido en el mar de las Antillas. Así, todavía no estábamos a la vista de tierra, cuando el aviso de nuestra llegada trans-

mitido por los *yachts* a Key West era difundido instantáneamente por casi toda la Unión a favor de la red gigantesca de sus líneas telegráficas.

Key West es una pequeña población en la isla más meridional del pequeño archipiélago de la Florida, cuya costa es allí, como por lo general, baja, pantanosa y en ninguna manera digna del risueño nombre con que la engalanaron sus descubridores. Lo más notable que pude observar en los cortos momentos que permanecimos allí fue un edificio en construcción cuya arquitectura le daba mucha semejanza con un fuerte; y un muelle bastante cómodo para el tráfico de las mercaderías.

Los Estados Unidos adquirieron esta península por cesión de la España en 1820 mediante un valor de cinco millones de pesos. Su territorio se extendía antes hasta el Misisipi; pero una parte de él ha contribuido a formar el Estado de la Luisiana y está reducido hoy a una extensión de 7 857 leguas cuadradas.

De la raza originaria de la Florida apenas quedan algunas pequeñas tribus de indios que sostienen todavía la guerra contra los blancos, fieles al amor por la independencia y al depósito de venganza que les han sido transmitidos por las generaciones de tres siglos. Cuando Hernando de Soto, después de la conquista del Perú, ocupó la Florida con un ejército de 1 500 hombres los indios se defendieron con tal energía que después de dos años de una campaña penosa en la parte occidental de la península desesperó de poder someterlos y murió de pesar al ver el fin desastroso de sus proyectos. Después de esta guerra los sucesos más notables fueron el asesinato de los misioneros enviados por Carlos V para civilizar pacíficamente a los habitantes así como las sangrientas represalias que tuvieron lugar entre españoles y franceses a mediados del siglo XVI con motivo del ataque del fuerte Carlos que pertenecía a los segundos. Pedro Milanés se apoderó de él y ahorcó a todos los soldados haciendo poner sobre el pecho de cada uno esta inscripción: “*No hago esto como a franceses sino como a luteranos*”; de ahí provino que Dominique de Gourgues usando la ley del talión armase una expedición, destruyese los fuertes españoles y ahorcase a todos los soldados de sus guarniciones colocándoles sobre el pecho una inscripción análoga a la primera.

Desde que salimos de Key West los vientos nos fueron contrarios durante toda la navegación lo cual aumentaba el recelo de los pasajeros ya alarmados por la noticia referente al “Central-América”.

La navegación, además, no está libre de peligro en sí misma al atravesar el canal que separa la Florida del archipiélago de las Lucayas, a

causa de las corrientes y de los bajos de arena que se extienden a una y otra parte de sus aguas.

Aunque no divisamos ninguna de aquellas islas natural era, estando tan próximas, recordar que entre ellas existe la primera tierra del Nuevo Mundo que fue hollada por Cristóbal Colón y que al aparecer a sus ojos por primera vez reveló el más colosal de los descubrimientos y llenó el alma del sublime navegante con la emoción de una felicidad que jamás ha experimentado hombre alguno. En esa pequeña isla, a la cual acaso un instinto profético hizo que Colón diese el nombre de “San Salvador”, se encuentra el punto de partida de una nueva era en la vida de la humanidad porque, aparte de la sangrienta epopeya en que Europa consumó la decadencia y la ruina de la civilización y las razas americanas que tal vez ya habían llenado su destino en las miras de la Providencia, todo lo que el continente moderno encierra hoy de libertad y de futuro engrandecimiento, toda la influencia bienhechora que ejercerá un día sobre el mundo, y la obra que lenta y misteriosamente parece trabajar el espíritu humano en el seno de las nuevas naciones para producir quizá una civilización más perfecta, se derivan del descubrimiento de las playas de la risueña *Guanahani*, como la llamaban los indios, perdida en un grupo de ciento cincuenta islas.

Allí principió también, por desgracia, la cruel exterminación de los indios, de la cual Cuba presenta un ejemplo tan elocuente. De manera que en la actualidad se puede considerar las Lucayas como desiertas de su primitiva población y ocupadas por sólo un pequeño número de habitantes, contándose apenas 6 000 en Nassau, capital del archipiélago, situada en la isla de “La Providencia”.

Ésta pertenece a Inglaterra después de haber sido posesión española por largo tiempo y de haber caído en poder de los piratas, cuyas correrías he tenido ocasión de mencionar en otra parte. La muchedumbre de sus pequeños canales, sus pasajes estrechos y casi inaccesibles a buques mayores y lo peligroso de su navegación, hacían de las Lucayas un asilo seguro para aquellos aventureros que, además, se encontraban favorecidos allí por un clima hermosísimo. Desde aquel asilo se lanzaban sobre las embarcaciones mercantes y hacían presas numerosas; hasta que el gobierno inglés se vio obligado a poner término a estas depredaciones enviando fuerzas navales suficientes para destruirlos y fundó una nueva colonia a mediados del último siglo.

A lo largo de las costas de la Florida y mientras estuvimos a la vista de tierra, observé una cantidad considerable de construcciones de made-

ra, en figura de pirámides cuadrangulares truncas de gran elevación, y que sirven para marcar los parajes en que el agua es poco profunda. Según me informaron a bordo cada una está provista de una campana que suena al bajar la marea y evita a los buques el avanzarse hasta una distancia que pueda ponerlos en peligro.

El 2 de octubre nos encontramos frente al cabo Hatteras. El mar, constantemente agitado en este punto, había redoblado aquel día su violencia y sacudía nuestro pequeño *steamer* de manera que era imposible olvidarse del “Central-América”. Hubo un instante en que pareció detenerse súbitamente; un gran estremecimiento se sintió en todas partes y el crujido de la madera hizo que el vapor pareciese un ser animado que exhalaba un quejido de agonía. La causa de este incidente era el choque de la rueda de estribor contra un fragmento flotante de algún buque naufrago lo cual le hizo perder algunas palas y permanecer un poco inclinado sobre el costado opuesto, como un buque de vela que navega a las *bolina*. Estábamos en ese momento en el mismo lugar en que 500 hombres habían perecido pocos días antes durante el huracán del equinoccio; cada uno se sentía involuntariamente silencioso y triste bajo la influencia de este recuerdo.

Ninguno lo experimentaba más que yo. En el número de las víctimas del “Central-América” se contaba entre otros compatriotas míos un hombre eminente por su virtud y su talento, una noble esperanza para mi patria, un padre y un amigo para mí. Desde mi infancia su palabra había sido un consejo para mi mente, su vida toda un ejemplo para mi corazón. Yo confiaba ciegamente en el afecto de esa alma en que jamás tuvo cabida el interés; y en mis días de desgracia me sentía más animado cuando estaba cerca de ese hombre que había padecido con tanta serenidad largos y penosos contratiempos. Al separarme de mi país, uno de los mayores estímulos que me impulsaron era encontrarme a su lado y estudiar bajo su dirección las mejoras que podrían introducirse en nuestra república y que existiesen ya realizadas en los Estados Unidos o en Europa. Él era un guía ilustrado y un apoyo eficaz para mi porvenir, y uno y otro nos habíamos acostumbrado a vernos como dos almas naturalmente unidas por vínculos más fuertes que los que la sociedad reconoce: como dos personas entre las cuales la identidad de inclinaciones y de gustos había producido un modo idéntico de considerar los hombres y los sucesos; en una palabra, como un padre y un hijo.

Yo tenía, sin embargo, alguna esperanza de que D. José María Seguín no hubiese venido a bordo del “Central-América”. Los diarios que ha-

bíamos visto en Key West, aunque no contenían la lista de los naufragos, podían haber mencionado su nombre como ministro del Perú acreditado cerca de los Estados Unidos; pero no había en ellos indicación alguna de este género. Por otra parte, él me había dicho en Lima que su intención era detenerse unos días en La Habana; y en Panamá supe que se había embarcado con este destino. A pesar de todo, yo estaba en una ansiedad profunda que no era sino muy fundada como pude convencerme a mi llegada a Nueva York.

La presencia de la fiebre amarilla lo había inducido a anticipar su salida de Cuba y la fatalidad lo condujo a bordo del vapor mencionado. Hubo realmente no sé qué de fatal en todo esto. Yo le había exigido vivamente en Lima que trajese a su hijo mayor para que se educase en los Estados Unidos o en Europa, pero se negó con una tenacidad singular y por último argumento me dijo: “No sé por qué me aconseja el corazón dejarlo aquí: tú sabes que no me gusta contrariar esta clase de instintos. Quizá tendría que arrepentirme de su viaje”, como si un presentimiento vago de lo que debía acontecerle hubiese dictado sus palabras. Cuando me habló de su deseo de ir a La Habana, añadió: “De este modo me evitaré hacer el viaje en la línea americana; no sé por qué me repugna en extremo”. Sin embargo, como he dicho, el recelo por la epidemia lo hizo tomar pasaje en esa línea.

Cuando el huracán sorprendió al “Central-América”, en el cabo Hatteras, tripulación y pasajeros todos trabajaron tres días y tres noches para sostener el buque a flote en esa horrible tempestad. Según el testimonio del último pasajero peruano que ha sobrevivido al desastre, al fin del tercer día Seguí estaba rendido de fatiga: su constitución delicada no era a propósito para el rudo trabajo que había cumplido como todos los demás; hablaba de la muerte próxima con la tranquila resignación de un corazón elevado y de un alma llena de filosofía cristiana.

Su última acción fue recomendar a sus compatriotas el cuidado de escribir, en caso de que alguno de ellos se salvase, una carta a las familias de los demás presentándoles los últimos recuerdos y los últimos votos de los que hubiesen perecido: pensamiento lleno de delicadeza y de ternura que traduce en sí solo todo el corazón del que lo había concebido.

Así pereció Seguí, dejando a su familia huérfana la única herencia de un nombre distinguido como expresión de virtudes raras en nuestra época; y a sus amigos y compatriotas un sentimiento de dolor que se aumentará cada día.

El Congreso de Perú ha hecho justicia al mérito y los servicios del malogrado ministro, decretando que el gobierno de la Nación pase una renta suficiente a la viuda e hijos de aquel digno funcionario; y es de desear, en honor del país, que la prensa se encargue por su parte de publicar una edición de sus escritos, entre los cuales hay excelentes poesías líricas, versiones de obras extranjeras y otro género de producciones.²⁰

Bajo la impresión de tan funesto recuerdo continuamos nuestro viaje hacia Nueva York.

²⁰ D. José María Seguín era nacido en Lima y se educó en el Colegio de San Carlos donde dirigió varias cátedras. Formó parte de la Legación Peruana en Bolivia; fue secretario de la que se envió en 1852 a Roma; estuvo encargado del Ministerio de Relaciones Exteriores en Lima y, por último, fue nombrado para la Legación en Estados Unidos. Murió a los 40 años de edad.